

has de estar allí; pórtate bien y no olvides las recomendaciones que te he hecho. Llevas bastante ropa interior para que no tengas necesidad de darla á lavar allí. En fin, recuerda siempre las bondades del señor Moreau, y sigue sus consejos.

Al subir al cabriolé, Oscar dejó ver sus medias azules y el fondo nuevo de su pantalón. Esto provocó una sonrisa en los dos jóvenes, que no dejaron de advertir estos detalles. Su sonrisa abrió una nueva herida en el amor propio del joven.

—Oscar ha sido el primero en tomar asiento—dijo la madre á Pierrotín.—Ponte en medio—repuso mirando siempre á Oscar con ternura y sonriéndole con amor.

¡Oh! ¡cuánto hubiera deseado Oscar que las desgracias y los pesares no hubiesen alterado la belleza de su madre, y cuánto deploraba que la miseria le impidiese ir más elegante! Uno de los dos jóvenes, el que llevaba botas de montar y espuelas, le pegó al otro con el codo para mostrarle á la madre de Oscar, y el otro se atusó el bigote con un gesto que quería decir: «¡Vaya un tipo!»

—¿Cómo me desembarazaría yo de mi madre?—se dijo Oscar tomando una actitud pensativa.

—¿Qué tienes?—le preguntó la señora Clapart.

Oscar fingió no haber oído á su madre, que le parecía un monstruo. Acaso en esta circunstancia la señora Clapart obraba con ligereza. Pero los sentimientos y las pasiones absolutas son muy egoistas.

—Jorge ¿te gusta la compañía de los niños cuando vas de viaje?—preguntó uno de los jóvenes á su amigo.

—Sí, Amaury; me gustan si están destetados, si se llaman Oscar y si llevan chocolate.

Estas dos frases fueron cambiadas en alta voz para dejar á Oscar en libertad de oírlas ó de no oírlas; de la actitud que tomase dependería la naturaleza de las bromas que pensaban hacerle para divertirse por el camino. Oscar hubiera querido no haber oído. Miraba en torno suyo para saber si su madre, que pesaba sobre él como si fuese una pesadilla, se encontraba aun allí, toda vez que sabía que le amaba con demasiada ternura para dejarle tan pronto en libertad. No sólo comparaba involuntariamente la ropa de su compañero de viaje con la suya, sino que comprendía que la facha de su madre era la causa de la sonrisa burlona de los dos jóvenes.

—Si se marchasen—se dijo.

¡Ay de mí! Amaury acababa de decir á Jorge, dando un golpecito con su bastón en la rueda del cabriolé:

—Amigo mío, y ¿vas á confiar tu porvenir á esta frágil barquilla?

—¡Qué remedio me queda!—dijo Jorge con aire fatal.

Oscar exhaló un suspiro al observar la postura elegante y caballeresca del sombrero echado sobre la oreja como para dejar ver una magnífica cabellera rubia bien rizada, mientras que él, por orden de su padrastro, llevaba sus cabellos negros cortados al rape como los de los soldados. El vanidoso niño tenía una cara redonda y mosfetuda, animada por los colores de una excelente salud; mientras que la cara de su compañero de viaje era larga y pálida. La frente de este joven era muy despejada y su pecho iba cubierto de un chaleco imitación cachemir. Contemplando su pantalón color gris y su levita ajustada de talle, le parecía á Oscar que este romántico desconocido, dotado de tantas ventajas físicas, abusaba con él de su superioridad del mismo modo que una mujer fea se ve contrariada sólo con ver á una mujer hermosa. El ruido de las espuelas, que el desconocido hacía sonar con algún exceso, le resonaba en el corazón. Finalmente, Oscar estaba tan disgustado con sus ropas hechas acaso en casa y cortadas por las de su padrastro, como el otro envidiado joven se encontraba á gusto con las suyas.

—Este pollito debe tener dinero—pensó Oscar.

El joven se volvió, y en este momento Oscar vió una cadena de oro suspendida de su cuello, el extremo de la cual debía sujetar, sin duda, un magnífico reloj de oro. El desconocido tomó entonces á los ojos de Oscar todas las proporciones de un personaje.

Criado en la calle de la Cerisaye desde 1815, llevado y traído del colegio por su padre en los días de salida, Oscar no conocía nada más que el pobre hogar de su madre. Tratado severamente por consejo de Moreau, iba muy pocas veces á ningún espectáculo, y cuando iba se limitaba á teatros como el Ambigú Cómico, donde sus ojos no veían mucha elegancia, suponiendo que la atención que un niño presta al melodrama le permita examinar el público. Siguiendo la moda del Imperio, su padrastro llevaba aún el reloj en el bolsillo del pantalón, y dejaba colgar por su abdomen una gruesa cadena de oro terminada en un paquete

de chucherías eteroclitas, de sellos, y una llave de cabeza redonda y aplanada en donde se veía, en mosaico, un hermoso paisaje. Oscar, que consideraba aquel antiguo lujo como un *non plus ultra*, quedó aturdido al ver en Jorge aquella elegancia superior. Este joven mostraba con exceso sus limpios guantes y parecía querer deslumbrar á Oscar agitando con gracia un elegante bastón con puño de oro. Oscar llegaba á ese último período de la adolescencia en que las cosas más pequeñas producen grandes alegrías ó grandes tristezas; en que se prefiere una desgracia á un traje ridículo, y en que el amor propio, desdeñando los intereses de la vida, se cifra en frivolidades, en vestir bien y en parecer hombre. Entonces se crece, y la jactancia es tanto más exorbitante, cuanto que se ejerce sobre cosas insignificantes; pero si causa envidia un estúpido elegantemente vestido, entusiasmo el hombre de talento y se admira al hombre de genio. Cuantos defectos no están arraigados en el corazón, acusan exuberancia de vida y exceso de imaginación. Que un muchacho de diez y nueve años, hijo único, tratado severamente, en la casa paterna á causa de la indigencia propia de un empleado de mil doscientos francos, pero adorado por su madre que se impone las más duras privaciones, se maraville viendo á un joven de veintidós años y envidie su levita forrada de seda, su chaleco blanco y su corbata de mal gusto, no tiene nada de particular, y son pecadillos esos cometidos en todas las esferas sociales por el inferior que envidia á su superior. Hasta el hombre de genio obedece á esta primera pasión. ¿No admiró Rousseau de Génova á Ventura y á Bacle? Pero Oscar pasó del pecadillo á la falta, se sintió humillado, achacó la culpa á su compañero de viaje, y en su corazón brotó el secreto deseo de probarle que valía tanto como él. Los dos pollitos seguían paseando de la puerta á las cuadras y de las cuadras á la puerta, llegando á veces hasta la calle; y, cuando se volvían, miraban siembre á Oscar, que estaba acurrucado en su asiento. Persuadido Oscar de que era objeto de la burla de los dos jóvenes, afectó la más profunda indiferencia. Se puso á tararear el estribillo de una canción que habían puesto de moda los liberales y que decía: *La culpa es de Voltaire, la culpa es de Rosseau*. Esta actitud contribuyó á que le tomaran por meritorio de algún procurador.

—¡Hombre! quien sabe que no sea de los coros de la Ópera—dijo Amaury.

Desesperado, el pobre Oscar se irguió y le dijo á Pierrotín:

—¿Cuándo marchamos?

—En seguida,—respondió el cochero que tenía el látigo en la mano y que no quitaba la vista de la calle de Enghien.

En este momento la escena se animó con la llegada de un joven acompañado de un granujilla que venían tirando de un carrito, seguido de un viajante. El joven fué á hablar en secreto á Pierrotín, que meneó la cabeza y empezó á llamar á grandes voces al mozo de carga. El mozo acudió inmediatamente para ayudar á descargar el carrito que contenía, á más de dos maletas, cubos, brochas, cajas de formas raras y una infinidad de paquetes y utensilios que el más joven de nuestros dos viajeros, subido en el imperial, iba colocando allí con tanto aceleramiento, que el pobre Oscar, que sonreía entonces á su madre colocada al otro lado de la calle y enfrente de él, no miró ninguno de aquellos utensilios que hubieran podido revelarle la profesión de sus nuevos compañeros de viaje. El muchachito, que tendría unos diez y seis años, llevaba una blusa gris atada por la cintura con un cinturón de charol. Su gorra, echada arrogantemente hacia una oreja, lo mismo que el picaresco desorden de sus cabellos negros, rizados y caídos sobre sus hombros, anunciaban su carácter alegre. Su corbata de tafetán negro dibujaba una línea negra sobre su blanco cuello, y su blancura hacía resaltar la vivacidad de sus ojos grises. La animación de su rostro moreno y colorado, el aspecto de sus labios gruesos, sus orejas gachas, su nariz remangada, todos los detalles de su fisonomía anunciaban el carácter burlón de *Figaro* y la indiferencia de la juventud. Lo mismo que la vivacidad de sus gestos, su mirada burlona revelaba una inteligencia desarrollada con la práctica de una profesión emprendida desde la niñez. Como si tuviese ya algún valor moral, este niño, á quien el arte ó la vocación habían hecho hombre, parecía indiferente á la cuestión del traje, pues contemplaba sus botas sucias de un modo que parecía burlarse de ellas y buscaba las manchas de pantalón de cutí más bien para ver el efecto que producían que para hacerlas desaparecer.

—Yo sí que soy hombre de tono—dijo sacudiéndose la ropa y dirigiéndose á su compañero.

La mirada de éste revelaba una autoridad sobre su aprendiz, en quien un observador hubiera podido reconocer á uno

de esos alegres discípulos que, en el lenguaje del taller, reciben el apodo de *gatueros*.

—Sí, sobre todo por tu elegancia en el vestir, Mistigris —le respondió el amo, dándole el apodo con que, sin duda, le habían bautizado en el taller.

Este viajero era un hombre delgado y pálido, de cabellos negros, extraordinariamente abundantes y peinados con un desorden raro y caprichoso; pero esta abundante cabellera parecía necesaria para su enorme cabeza, cuya vasta frente anunciaba una inteligencia precoz. Su rostro ajado, demasiado original para ser feo, parecía denotar algo así como si aquel singular joven sufriese, ya una enfermedad crónica, ya privaciones impuestas por la miseria, que es también otra enfermedad crónica, ó ya pesares demasiado recientes para poder olvidarlos. Su traje, casi análogo al de Mistigris, consistía en una mala chaqueta usada, pero limpia, bien cepillada y de color verde; un chaleco negro y un pantalón blanco que cubría sus delgadas piernas. Sus botas, empolvadas, indicaban que venía á pie y de lejos. Con una rápida mirada, este artista abrazó las profundidades del *León de Plata*, las cuerdas, las diferentes ventanas, los detalles todos, y dirigió á Mistigris, que le había imitado, una ojeada irónica.

—Es bonito—dijo Mistigris.

—Sí, muy bonito—repuso el desconocido.

—Hemos llegado aún demasiado pronto—dijo Mistigris.

—¿No podríamos echar un *piscolabis*? Mi estómago hace como la naturaleza, rechaza el vacío.

—¿Tendremos tiempo de ir á tomar café?—preguntó el joven á Pierrotín.

—Sí, pero no tarden mucho—dijo éste.

—Bueno, tenemos un cuarto de hora de tiempo—respondió Mistigris, dando así muestras del carácter observador propio de los aprendices de París.

Estos dos viajeros desaparecieron. Entonces daban las nueve en la cocina de la posada. Jorge creyó justo y razonable apostrofar á Pierrotín.

—¡Eh, amigo mío! cuando se tiene un mal carromato como este—dijo dando un golpe con el bastón en las ruedas del coche,—se debe, por lo menos, ser exacto. ¡Qué diablo! no crea usted que nadie se mete ahí por su gusto; para confiar sus huesos á este vehículo, es preciso tener asuntos

urgentísimos. Además, ese pencho que llama usted *Rougeot*, seguramente que no recuperará el tiempo perdido.

—Mientras que esos dos viajeros toman café, vamos á enganchar á *Bichette*—respondió Pierrotín.

—Tú—le dijo al mozo—vete á ver si el padre Leger quiere venir con nosotros.

—Y ¿en dónde está ese padre Leger—dijo Jorge.

—Enfrente, en el número 50; no ha encontrado asiento en el coche de Beaumont—dijo Pierrotín al mozo sin responder á Jorge y desapareciendo para ir á buscar *Bichette*.

Jorge, á quien su amigo estrechó la mano, subió al coche y, tirando antes con aire de importancia una gran carpeta sobre el asiento, fué á sentarse al rincón opuesto al que ocupaba Oscar.

—Ese padre Leger nos está fastidiando—dijo.

—No pueden quitarnos los asientos: yo tengo el número uno—respondió Oscar.

—Y yo el dos,—respondió Jorge.

Al mismo tiempo que Pierrotín aparecía con *Bichette*, el mozo apareció remolcando á un hombre muy gordo que debía pesar, lo menos, ciento veinte kilos. El padre Leger pertenecía á esa clase de cortijeros de gran abdomen, de espaldas cuadradas y vestido con una chaqueta de tela azul. Sus polainas blancas, que le llegaban hasta la rodillas, comprimían unos pantalones de terciopelo rayado. Sus zapatos herrados debían pesar, por poco, dos libras. Finalmente, llevaba en la mano un palo rojizo y seco, reluciente, terminado en porra y suspendido por un cordón de cuero que tenía enroscado en la muñeca.

—¿Se llama usted el padre Leger?—le dijo Jorge con seriedad cuando el cortijero intentó poner uno de sus pies en el estribo.

—Para servirlos—dijo el cortijero mostrando una cara que se parecía á la de Luis XVIII, con grandes y rubicundos mofletes donde apuntaba una nariz que en cualquiera otra cara hubiese parecido enorme. Sus alegres ojos parecían resistirse á desaparecer bajo la afluencia de la carne que los rodeaba.

—Vamos, echa aquí una mano, muchacho—le dijo á Pierrotín.

El cortijero fué izado por el cargador y por el cochero al grito de «¡Aupa!» lanzado por Jorge.

—¡Ah! yo no voy muy lejos, sólo he de llegar hasta la Cave—dijo el cortijero respondiendo á una broma con otra. En Francia todo el mundo bromea.

—Métase usted en el fondo, porque serán ustedes seis—dijo Pierrotín.

—¿Y es el otro caballo que decía usted que iba á buscar tan fantástico como el tercer caballo de todos los coches correos?—preguntó Jorge.

—Ahí le tiene usted, amigo—dijo Pierrotín señalando con un gesto á la jaquita que venía ya sola.

—¿Y llama caballo á ese insecto?—dijo Jorge asombrado.

—¡Oh! es muy buena esa jaquita—dijo el cortijero, que se había sentado.—Salud, señores. ¿Vamos á marchar pronto, Pierrotín?

—Espero á dos viajeros que están tomando café—respondió el cochero.

El joven de rostro pálido y su aprendiz aparecieron entonces.

—Marchemos—gritó todo el mundo.

—En seguida—respondió Pierrotín.—Vamos, descalza el coche—dijo al cargador, el cual quitó las piedras con que las ruedas estaban calzadas.

El cochero tomó las bridas de *Rougeot*, y haciendo ese grito gutural de *¡kit! ¡kit!* para anunciar al ganado que reuniese sus fuerzas, los dos animales, aunque con gran torpeza, tiraron del coche hasta colocarlo delante de la puerta de la posada del *León de Plata*, donde Pierrotín los detuvo. Después de esta maniobra, puramente preparatoria, dirigió sus ojos á la calle de *Enghien* y desapareció, dejando el coche á la custodia del cargador.

—Vamos á ver, ¿acostumbra á hacer esto con frecuencia vuestro amo?—preguntó *Mistigris* al cargador.

—Ha ido á coger la avena á la cuadra—respondió el auvernés, que conocía á las mil maravillas las astucias empleadas por Pierrotín para retardar la hora de salida.

—Después de todo—dijo *Mistigris*—*el tiempo es un gran maestro.*

En esta época reinaba en los talleres de pintura la moda de estropear los proverbios. Se consideraba como un verdadero triunfo el encontrar un cambio de letras ó de palabras poco más ó menos semejantes y que diesen al proverbio un sentido estravagante ó burlón.

—*París no ha sido construido en un horno* (1)—respondió el amo.

Pierrotín apareció por la calle de *Echiquier* acompañando al conde de *Serisy*, con quien sin duda había tenido algunos minutos de conversación.

—Padre *Leger*, ¿quiere usted ceder su asiento al señor conde? De ese modo iría la carga mejor repartida.

—Y si continúa usted de este modo, no saldremos de aquí en una hora—dijo Jorge.—Va á ser preciso quitar esa barra infernal que tanto trabajo nos ha costado poner, y que todo el mundo baje para que suba un viajero que ha sido el último en llegar. Cada uno tiene derecho al asiento que ha comprado. Veamos, ¿qué asiento tiene este señor? ¿Qué sitio es el que le corresponde al señor conde de no sé cuántos?

—Señor conde... me parece que va usted á ir muy incómodo—dijo Pierrotín visiblemente disgustado.

—¿Cómo? ¿no había usted echado sus cuentas?—preguntó *Mistigris*.—Pues sepa usted que *los buenos condes hacen los buenos támenes.* (2)

—¡Cuidado, *Mistigris!*—le dijo gravemente su amo.

Evidentemente, el señor de *Serisy* fué tomado por todos los viajeros por un particular que se llamaba Conde.

—No moleste usted á nadie—dijo el conde á Pierrotín;—me colocaré con usted en la delantera.

—Vamos, *Mistigris*—dijo el pintor al aprendiz,—no olvides el respeto que debes á la ancianidad, y que tú también puedes llegar á ser viejo; *los viajes deforman á la juventud.* Conque así, cede tu asiento á este señor.

*Mistigris* abrió la puerta del coche y saltó á tierra con la rapidez de una rana que se tira al agua.

—Usted no puede ir de conejo, agosto anciano—dijo *Mistigris* al señor de *Serisy*.

—*Mistigris, las artes son las amigas del hombre*—respondió el pintor.

(1) El texto dice: *Paris n'a pas été bâti dans un four*; pero el refrán verdadero es: *Paris n'a pas été bâti dans un jour*, equivalente al nuestro: *Zamora no se hizo en una hora*. Ahora bien, diciendo *four* por *jour*, el refrán cambia por completo de significación; en el primer caso indica: *París no fué construido en un horno*, y en el segundo equivale á: *París no fué construido en un día.*—(N. del T.)

(2) El refrán equivalente á este dicho extravagante, que resulta de tergiversar algunos términos de aquél, es: *las buenas cuentas hacen los buenos amigos*, análogo al que dice en castellano: *Cuentas claras, amigos viejos.*—(N. del T.)

—Mil gracias, caballero—dijo el conde al amo de Mistigris al mismo tiempo que se sentaba á su lado.

Después de esto, el hombre de Estado dirigió al interior del carruaje una sagaz mirada que ofendió mucho á Oscar y á Jorge.

—Ya vamos con hora y cuarto de retraso—dijo Oscar.

—Cuando se quiere ser dueño absoluto de un coche, se toman todos los asientos—repuso Jorge.

Seguro ya de su incógnito, el conde de Serisy no respondió á estas observaciones y tomó la actitud de un particular bonachón.

—Si ustedes se hubiesen retrasado, ¿no les hubiera gustado que les hubiésemos esperado?—dijo el cortijero á los dos jóvenes.

Pierrotín miraba hacia la puerta de Saint-Denis teniendo el látigo en la mano, y aun titubeaba para subir á la dura banqueta en que se agitaba Mistigris.

—Si espera usted á alguno, no he sido yo el último—dijo entonces el conde.

—Apruebo su razonamiento—dijo Mistigris.

Jorge y Oscar empezaron á reirse insolentemente.

—El anciano no es muy listo—dijo Jorge á Oscar, que quedó encantado de esta aparente confianza con Jorge.

Cuando Pierrotín estuvo sentado á la derecha de su asiento, se echó hacia atrás para mirar si veía entre la multitud los dos viajeros que le faltaban para llenar el coche.

—¡Pardiez! dos viajeros más no vendrían mal.

—Yo no he pagado y me bajo—dijo Jorge asustado.

—¿Qué esperas, Pierrotín?—dijo el padre Leger.

Pierrotín soltó un «jarre!», en el que *Bichette* y *Rougeot* reconocieron su resolución definitiva de ponerse en marcha, y los dos caballos se lanzaron hacia la cuesta del arrabal con paso acelerado que no tardaría mucho en ser más lento.

El conde tenía la cara completamente encarnada, pero de un encarnado ardiente en el que se destacaban algunas porciones inflamadas, y que su cabellera, completamente blanca, hacía resaltar. Á cualesquiera otros que no fueran gente joven, este color les hubiera revelado la inflamación constante de la sangre, inflamación debida al exceso de trabajos. Aquellos feos granos perjudicaban de tal modo al aire noble del conde, que era preciso un atento examen para percibir en sus ojos la astucia del magistrado, la profundidad del político y

la ciencia del legislador. El rostro era vulgar, y la nariz parecía haber sido deprimida. El sombrero ocultaba la gracia y la belleza de la frente. Finalmente, había algo para excitar la risa de aquellos jóvenes despreocupados, en el extraño contraste de una cabellera de un color blanco de plata con unas cejas espesas, abundantes, y que habían permanecido negras. El conde, que llevaba una ancha levita azul abrochada militarmente hasta arriba, adornaba su cuello con una corbata azul, llevaba algodón en las orejas y un cuello de camisa bastante alto, que dibujaba un cuadrado blanco en cada uno de sus carrillos. Su pantalón negro ocultaba sus botas, cuya punta apenas se veía. No llevaba condecoración alguna en el ojal, y unos guantes de piel de gamo cubrían sus manos. Ciertamente que, para la gente joven, nada denotaba en aquel hombre al par de Francia ni á uno de los políticos más útiles á su país. El padre Leger no había visto nunca al conde, el cual, por su parte, sólo lo conocía de nombre. Si el conde había dirigido al interior aquella perspicaz mirada que acababa de chocar á Oscar y á Jorge, era porque buscaba al pasante de su notario para recomendarle que guardase profundo silencio, en el caso de que se hubiese visto obligado, como él, á tomar el coche de Pierrotín; pero tranquilizado al observar el aspecto de Oscar, el del padre Leger y, sobre todo, el aire casi militar y bigotes y modales de caballero de industria que distinguían á Jorge, pensó que su carta había llegado á tiempo á casa de su notario Alejandro Crottat.

—Padre Leger—dijo Pierrotín al llegar á la ruda cuesta del arrabal Saint-Denis—nos bajaremos ¿eh?

—Yo también me bajo—dijo el conde al oír este nombre—es preciso aliviar del peso á los caballos.

—¡Ah! si vamos así, tardaremos quince días en andar catorce leguas—exclamó Jorge.

—¿Tengo yo la culpa de que quiera bajar un viajero?—dijo Pierrotín.

—Diez luises te ganas si guardas fielmente el secreto que te he recomendado—dijo en voz baja el conde tomando por el brazo á Pierrotín.

—¡Oh! ¡mis mil francos!—dijo Pierrotín para sus adentros después de haber hecho al señor de Serisy un guiño que significaba: «Cuenta usted conmigo».

Oscar y Jorge se quedaron en el coche.

—Escuche usted, Pierrotín—exclamó Jorge después de haber subido la cuesta y cuando los viajeros estaban sentados de nuevo—si no va usted á ir más aprisa, dígamelo, pagaré mi asiento y tomaré un caballo en Saint-Denis, pues tengo que hacer negocios importantes, y un retraso podría perjudicarme.

—¡Oh! el trecho es corto y no tardaremos en llegar—dijo el padre Leger.

—No tenga usted cuidado, que nunca llevo con más de media hora de retraso—respondió Pierrotín.

—En fin, como no lleva usted aquí al Papa, puede ir un poquito más aprisa—dijo Jorge con aire burlón.

—Usted no debe dar preferencia á nadie, y si lleva usted este paso por no traquetear demasiado á este señor—dijo Mistigris señalando al conde—hace usted mal.

—Dentro de una diligencia todos los viajeros son iguales, del mismo modo que son iguales todos los franceses ante la constitución del país—dijo Jorge.

—Tranquílcese usted—dijo el padre Leger;—antes de las doce estaremos en la Chapelle.

Chapelle es la aldea contigua al portazgo de Saint-Denis.

Todo el que ha viajado sabe que las personas reunidas por casualidad en un coche no se ponen inmediatamente á conversar; y, salvo raras circunstancias, nadie dice nada hasta después de haber andado un buen trecho. Este tiempo que se permanece en silencio se dedica, no sólo á tomar una posición cómoda en el asiento que se ocupa, sino también á hacer un detenido examen de los compañeros de viaje. Las almas tienen tanta necesidad como los cuerpos de ponerse en equilibrio. Cuando todo el mundo cree haber penetrado el carácter, la edad y la profesión de sus compañeros, el más hablador empieza, y la conversación se entabla con tanto más calor, cuanto que la gente siente la necesidad de amenizar el viaje y de ahuyentar el aburrimiento. En los coches franceses ocurre esto. En las demás naciones las costumbres son muy diferentes. Los ingleses estriban su orgullo en no despegar los labios; el alemán está triste cuando va en coche, y los italianos son demasiado prudentes para hablar; los españoles apenas tienen diligencias, y los rusos no tienen carreteras. Sólo en los coches de Francia se encuentra, pues, diversión, en este país tan dicharachero, tan indiscreto, en que todo el mundo se apresura á reirse y á poner de mani-

fiesto sus chistes, y en que la burla lo anima todo, desde las miserias de las clases bajas hasta los graves intereses de las clases elevadas. La policía no pone aquí coto á la lengua, y el congreso ha puesto de moda la discusión. Cuando un joven de veintidós años, como el que se ocultaba bajo el nombre de Jorge, es ocurrente, se inclina con exceso, sobre todo en la situación presente, á abusar de su posición. En primer lugar, Jorge quedó persuadido de que era el ser superior de aquella reunión. Creyó ver un manufacturero de segundo orden en el conde, á quien tomó por un cuchillero, un alfenique en el joven raquítico que acompañaba á Mistigris, un memo en Oscar y un excelente sujeto para hacerle tragar bolas en el grueso cortijero. Después de haber tomado así sus medidas, resolvió divertirse á expensas de sus compañeros.

—Veamos—se dijo mientras el coche de Pierrotín bajaba de la Chapelle para internarse en la llanura Saint-Denis.—¿Diré que soy Esteban ó Beranger?... No, estos tipos son gente que es fácil que no conozcan ni á uno ni á otro. ¿Diré que soy Carbonaro?... ¡Diablo! no, porque podrían detenerme. ¿Y si dijese que soy hijo del mariscal Ney?... No, porque lo único que podría contarles sería la ejecución de mi padre, y eso no les llamaría la atención. ¿Y si dijese que vengo del Champ-d'Asile?... Podrían tomarme por un espía y desconfiarían de mí. Diré que soy un príncipe ruso disfrazado y les contaré muchas mentiras sobre el emperador Alejandro... ¿Y si me hiciese pasar por Cousin, el profesor de filosofía?... ¡Oh! ¡qué bien les enredaría! No, este joven de abundante y rizada cabellera tiene trazas de haber asistido á las clases de la Sorbona. ¿Por qué no había pensado antes en esto? ¡limo tan bien á los ingleses, que podía haberles hecho creer que era un lord que viajaba de incógnito. ¡Caramba! ¡qué lástima que no me haya acordado antes! Diré que soy hijo del verdugo?... Esta es una idea que contribuiría á que me dejasen muy ancho en el asiento. Pero no, más vale que diga que he mandado las tropas de Ali, el pachá de Janina...

Mientras duraba este monólogo, el coche rodaba en medio de nubes de polvo que se levantaban á ambos lados de aquella carretera tan transitada.

—¡Qué polvo!—dijo Mistigris.

—Enrique IV ha muerto—le respondió vivamente su

compañero.—Si siquiera dijese que huele á vainilla, emitirías una opinión nueva.

—Usted lo dice de broma; pero, en efecto, hay momentos que recuerda esto al olor de la vainilla,—respondió Mistigris.

—En Levante...—dijo Jorge queriendo dar principio á su historia.

—¿En dónde?—dijo Mistigris interrumpiendo á Jorge.

—Digo que en Levante, de donde yo vengo—repuso Jorge,—el polvo huele muy bien; pero aquí no huele á nada, á no ser cuando se encuentran montones de él como éstos.

—¿Viene usted de Levante?—dijo Mistigris con aire sarcástico.

—Ya ves que el señor está tan cansado que se ha puesto hacia Poniente—le respondió su amo.

—Pues no viene usted muy quemado por el sol—dijo Mistigris.

—¡Oh! salgo de la cama después de una enfermedad de tres meses, cuyo germen era, según dijeron los médicos, una peste contagiosa.

—¿Ha tenido usted la peste?—exclamó el conde haciendo un gesto de espanto.—Pierrotín, pare usted.

—No haga usted caso, Pierrotín—dijo Mistigris.—¿No oye usted que ha estado tres meses en la cama? Ahora ya no hay peligro.

—Pero habrá sido una peste de esas que le hacen exclamar á uno: «¡Peste!»—exclamó el amo de Mistigris.

—O acaso haya sido una peste mal olorosa—dijo Mistigris.

—Mistigris—repuso su amo,—si te vas de la lengua, te voy hacer ir á pie. ¿De modo que el señor ha estado en Oriente?—dijo volviéndose hacia Jorge.

—Sí, caballero; primero en Egipto y después en Grecia, donde serví á Ali, pachá de Janina, con quien tuve un terrible altercado. ¡Es imposible resistir aquellos climas! Así es que las emociones de todo género propias de la vida oriental me han desorganizado el hígado.

—¡Oh! ¿ha servido usted?—dijo el obeso cortijero.—¿Qué edad tiene usted?

—Veintinueve años—repuso Jorge á quien todos los viajeros miraron.—Á los diez y ocho años marché de soldado raso é hice la famosa campaña de 1813; pero sólo

asistí al combate de Hanan y gané allí el grado de sargento primero. En Francia, en Montereau, fui nombrado segundo teniente y condecorado por... (¿no habrá ningún espía?) por el Emperador.

—¿Está usted condecorado y no lleva puesta la cruz?—dijo Oscar.

—¿La cruz?... ¿para qué? Además, ¿qué hombre distinguido lleva sus condecoraciones cuando viaja? Ahí tiene usted al señor—dijo señalando al conde de Serisy—que apostaría cualquier cosa...

—En Francia, apostar cualquier cosa es una manera de no apostar nada—dijo el amo á Mistigris.

—Apuesto lo que usted quiera á que este señor está lleno de distintivos honoríficos,—repuso Jorge con afectación.

—Tengo la cruz de la Legión de Honor, la de San Andrés de Rusia, la del Águila de Prusia y el Toisón de Oro—repuso riendo el conde de Serisy.

—Dispéñeme usted—dijo Mistigris;—¿y con todo eso va usted en diligencia?

—¡Ah! ¡esto va bien! nos divertiremos con el hombre de color de ladrillo—dijo Jorge á Oscar.—¿Eh? ¿qué os decía yo?—repuso en voz alta.—Yo no lo oculto, adoro al Emperador.

—Yo le he servido—dijo el conde.

—¿Qué hombre! ¿verdad?—exclamó Jorge.

—Un hombre á quien debo muchos favores—respondió el conde con aire estúpido.

—¿Le debe usted las cruces?—dijo Mistigris.

—¿Y cuanto tabaco tomaba!—repuso el señor de Serisy.

—¡Oh! lo llevaba en los bolsillos—dijo Jorge.

—Hombre, sí; he oído decir eso, ¿es verdad?—preguntó el padre Leger con aire incrédulo.

—No solamente eso, sino que mascaba tabaco y fumaba además—repuso Jorge.—Yo le he visto fumar de una manera extraña en Waterlloo cuando el mariscal Soult lo tomó en brazos y lo metió en el coche en el momento en que cogía el fusil y se decidía á atacar á los ingleses.

—¿Estaba usted en Waterlloo?—dijo Oscar abriendo desmesuradamente los ojos.

—Sí, joven; he hecho la campaña de 1815. Era capitán en el Mont-Saint-Jean y me retiré al Loira cuando nos licenciaron á todos. Si he de deciros la verdad, estaba tan

cansado de Francia, que no podía permanecer más aquí. Por esa razón yo y dos ó tres compañeros más, como Selves, Bessón y otros, que están ahora en Egipto, nos marchamos y nos pusimos al servicio del pachá Mohamed, que es un pillo de marca mayor. Sencillo comerciante de tabaco en otro tiempo, está ahora próximo á ser príncipe soberano. Si conocéis el cuadro de Horacio Vernet, titulado el *Degüello de los mamelucos*, le podeis ver allí. Es un hombre muy guapo. Yo no quise dejar la religión de mis padres y abrazar el islamismo, porque la abjuración exige una operación quirúrgica que á mí no me es necesaria, y, por otra parte, porque nadie estima nunca á un renegado. ¡Ah! si me hubiesen ofrecido cien mil francos de renta... acaso... aunque no sé si lo dudaría aún. El pachá hizo que me dieran mil *talaris* de gratificación.

—Y ¿qué es eso?—dijo Oscar que era todo oídos para Jorge.

—¡Oh! poca cosa. El *talari* es como si dijésemos una moneda de cinco francos. Y, créanme ustedes que no saqué la renta necesaria para mantener los vicios que adquirí en ese endemoniado país, si país puede llamársele. Ahora no sé pasar sin fumar la pipa oriental por lo menos dos veces al día, y como esto es caro...

—Y ¿cómo es el Egipto?—preguntó el señor de Serisy.

—El Egipto es todo arena—respondió Jorge sin desconcertarse.—No hay vegetación más que en el valle del Nilo. Tracen ustedes una línea verde en un papel amarillo, y ese es el Egipto. Por ejemplo: los egipcios tienen sobre nosotros la ventaja de que allí no hay gendarmes. ¡Oh! aunque lo recorran ustedes de punta á cabo, no encontrarán ni uno.

—Pero ¿supongo que habrá muchos egipcios?—dijo Mistigris.

—No tantos como usted se figura—repuso Jorge;—hay muchos más abisinios, vechabitas, beduinos y coftos... En fin, todos estos animales son tan poco divertidos, que me consideré muy feliz cuando pude embarcarme en una polacra genovesa que debía ir á cargar pólvora y municiones para Ali de Tebelén á las islas Jónicas. No sé si saben ustedes que los ingleses venden pólvora y municiones á todo el mundo, á los turcos, á los griegos, al diablo, si el diablo tuviese dinero. Así es que de Zante, teníamos que ir bordeando hasta la costa de Grecia. Aquí donde ustedes me ven, mi nombre

de Jorge es famoso en aquel país. Soy nieto de aquel famoso Czerni-Jorge que hizo la guerra á la Puerta y que, desgraciadamente, en lugar de hundirla, se hundió él mismo. Su hijo se refugió en la casa del cónsul francés de Smirna y vino á morir á París en 1793, dejando á mi madre embarazada de mí, su séptimo hijo. Un amigo de mi abuelo nos robó nuestros tesoros, de manera que quedamos arruinados. Mi madre, que vivía del producto de sus diamantes vendidos uno á uno, se casó en 1799 con el señor Yung, mi padrastro, que era abastecedor de ejércitos. Pero mi madre ha muerto, yo reñí con mi padrastro, que, aquí para nosotros, es un pillo, y, aunque vive aún, no nos vemos nunca. Este perro chino nos ha dejado á los siete sin ocuparse de nosotros para nada. Esta fué la causa que me movió á marchar en 1813 como simple soldado. No pueden ustedes imaginarse la alegría que sintió el anciano Ali de Tebelén al ver á su lado al nieto de Czerni-Jorge. Aquí hago que me llamen sencillamente Jorge. El pachá me dió un serrallo...

—¿Ha tenido usted un serrallo?—dijo Oscar.

—¿Era usted pachá y daba usted audiencia?—preguntó Mistigris.

—Sepan ustedes que el sultán es el único que puede hacer pachás, y que mi amigo Tebelén, pues éramos muy amigos, estaba sublevado contra el Padischah—repuso Jorge.—Ya sabrán ustedes y si no lo saben se lo digo, que el verdadero nombre del Gran Señor es Padischah y no Gran Turco ó Sultán. No crean ustedes que un serrallo sea una gran cosa; tenerlo es como quien tiene un rebaño de cabras. Aquellas mujeres son muy estúpidas y prefirió mil veces las modistillas de la Chaumiere ó de Mont-Parnasse.

—Al menos están más cerca—dijo el conde de Serisy.

—Las mujeres del serrallo no saben ni una palabra de francés, y el idioma es indispensable para entenderse. Ali me dió cinco mujeres legítimas y dieciséis esclavas. En Janina pasé como si no tuviese ninguna. Sepan ustedes que en Oriente es cosa de muy mal gusto el tener mujeres, y, si se tienen, ocurre como quien tiene aquí las obras de Voltaire ó de Rousseau, ¿quién abre nunca estas obras para leerlas, aunque las tenga? Nadie. Y, sin embargo, los celos están á la orden del día. Según un artículo de su código, una simple sospecha basta para meter á la mujer en un saco y tirarla al agua.